

á sí misma? Dejemos aparte las ideas generales al mundo antiguo. Desconocedor en absoluto de la resignación y conformidad cristianas, el infortunio no se atribuía entonces tan sólo á imposiciones fatales de la naturaleza ó malquerencias acerbadas de los hombres, atribuía también á un abandono de los dioses. El desgraciado veía una orfandad irremediable tanto en la tierra como en el cielo. Extinta su patria, rota su causa, un hombre antiguo no sabía para qué y á qué vivir. Cleopatra, fuera del trono, era tanto como Cleopatra fuera del mundo. Por motivos análogos á los que determinaron el proceder de Catón y de Bruto se determinó su propio proceder. La historia clásica nos muestra en el sitio de Jerusalén, y en el sitio de Sagunto, y en el sitio de Numancia que, no ya los individuos se suicidaban en aquellos tiempos, se suicidaban también las colectividades. Cleopatra supo que Octavio la deseaba viva para presentarla con su corona de soberbia emperatriz en las sienes, pero con su cadena de triste cautiva en las manos, al pueblo rey. Sabido esto, su oficio de reina valió y pudo más que todo en ella, y decidió morir como un héroe en holocausto y sacrificio antes que dejar tal afrenta grabada en los recuerdos y en los huesos de sus padres. Notó que la seguían, y cuidaban, y celaban muchísimo, porque los vencedores, en su orgullo,

destinábanla para trofeo de su victoria como un morrión ó un escudo recogido en el campo. No podía ir como esclava, no, á la capital de Occidente quien fuera soberana, y reina, y diosa del Oriente. La vergüenza le subiría con tanta intensidad al rostro, que veríase allende la tumba su indeleble rubor y sonrojo. Hija del Oriente y Grecia, entroncada con los dioses, inscrita en la más ilustre raza del mundo y del tiempo, descendiente de aquel Alejandro en cuya presencia se pierden y en cuya lumbré se oscurecen todos los genios habidos; con los Ptolomeos, los padres de cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del pensamiento por progenitores; con las estrellas de mil nombres helenos, á cual más glorioso, en la corona; ella, que había tenido altares en Roma y visto la efigie suya levantarse consagrada y bendecida en templos donde se atropellaban los sacerdotes romanos para idolatrarla; ella, que reinara sobre aquel Egipto á cuyo seno fueran los sabios y los sacerdotes á nutrirse de sus misterios; ella, señora de Libia y sus desiertos, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia; señora de Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huyó á los besos de Apolo, y rica en floras de ideas; señora de Chipre, donde Venus tuvo su cuna y el amor su Oriente; señora de Creta, que vió la transformación de los dioses

asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos, trayendo los resplandores del humano espíritu sobre sus sienes; señora de Siria, el suelo de las magias y de las hechicerías, el patrimonio de los Seleucidas; señora de Fenicia, que mostró á los hombres cómo se fijan las letras del alfabeto y cómo se cambian los productos del trabajo en las relaciones del comercio; la que había visto pasar por su mente todas las ideas paganas, caer de hinojos á sus pies todos los reyes asiáticos, ir en tropel llamados por sus evocaciones á sus altares todos los dioses conocidos; la que compartiera el trono de Julio César y el tálamo de Marco Antonio; la que se alzara junto á la victoria romana en el Capitolio y tuviera en Alejandría santuarios; aquella mujer que hablara con diez embajadores á un tiempo en diez lenguas distintas, que conociera desde los pensamientos hasta los astros, desde las matemáticas hasta la metafísica y desde la historia de los seres criados hasta la historia de los sistemas filosóficos; emperatriz en los palacios, musa en las artes, amazona en la guerra, sibila en el templo, maga en el sacrificio, no podía ir como sierva y cautiva entre despojos y trofeos á la vía Sacra para divertir un momento á los soeces romanos cuya corona estuvo á punto de fundirse al rayo abrasador de su genio. No, jamás. Cleopatra debía morir cien veces antes

que pasar por tal sonrojo. Si no la dejaban envenenarse con ningún tóxico, envenenaríase con su propia hiel; si no la dejaban rasgarse las entrañas con ningún puñal, rasgaríase con sus dientes y con sus uñas, muriendo al dolor, á la desesperación, al odio, á la ira, mas no á la vergüenza de tantas humillaciones como le aparejaba el vencedor y el tirano. ¡Presentarse ahora en su triunfo, quizás atada con cuerdas á su carro, objeto de compasión, ella; objeto eterno de natural envidia! Octavio celebraba con pompa la victoria de una guerra civil que debía celebrar con lágrimas. Y para el triunfo de una guerra civil imponía tributos no pagados jamás desde las espléndidas victorias de Paulo Emilio. Él no necesitaba pedir los honores del triunfo, ni á esa turba de míseros eunucos á que había quedado reducido el Senado de Roma, ni á esa otra turba de siervos viles á que había quedado reducido el pueblo rey. No habría de estar años enteros como Lúculo sin poder ir al viejo recinto de la Ciudad Eterna. Octavio era ya cónsul, tribuno, pretor, pontífice, Roma entera, y, por consiguiente, la tierra entera también. Los astros, los cielos, el aire y las aguas con sus innumerables seres, las sustancias de los campos y las esencias de los espíritus, el fuego del sol y el fuego del hogar, las ideas que discurren por los entendimientos y los dioses

que truenan en los templos, el universo visible y el universo invisible condensábanse como por milagro en el frágil cuerpo de aquel hombre, quien pedía de los mortales, no solamente obediencia servil, adoración idolátrica. Cleopatra creía ver su entrada triunfal en Roma; los árboles doblándose al peso de los curiosos; las orillas de la vía Flaminia llenas por los pueblos rurales; los arcos de ramajes interrumpiendo á cada minuto el paso; los innumerables adúladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; delante carrozas sobrecargadas de estatuas, de aras, de simulacros, de dioses, como Cleopatra vencidos y como Cleopatra avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos escogidos en el campo de las derrotas egipcias chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesión y produciendo estridentes sonidos que le desgarrarían sus entrañas de reina; luego los magistrados de sus tribunales sacratísimos, los generales de sus numerosos ejércitos, los ministros de su palacio, los sacerdotes de su culto, reducidos á esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas con los tesoros de los Lágidas; luego los tálamos de marfil y oro, las aras de pedrería, el trono altísimo suyo, sus alhajas y sus coronas, y á los pies del vencedor mismo, á los pies de Octavio, ufanado y ensoberbecido con la

corona de laurel en las sienes y alzado sobre la cuadriga de briosos caballos, ella maniatada con cadenas, roja de vergüenza, caída desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos, con chacota y rechifla señalada por aquellas gentes, quienes después de haber temblado á su nombre y sombra se holgarían de apestarla con el hedor de su aliento y escupirle ponzoñosas salivas á la cara.

Cleopatra, pues, resolvió morir en la mansión de sus padres. Ateneo nos ha dejado la descripción exacta de un salón lágida en Alejandría. Imaginaos columnas de cincuenta codos talladas en maderas olorosas y ricas; arquivadurales cuadrados de áureos bronce, dispuestos para sostener aiosas galerías, muy parecidas á las usadas en nuestros patios árabes; toldos de púrpura cruzados por bandas blancas; paredes pintadas con frescos multicolores donde resaltaban figuras egipcias; los peristilos formados por pilastras en forma de palmeras y de tirso; los suelos alfombrados por pieles de tigre; el aire balsámico al aroma de las rosas alejandrinas y al perfume de los pebeteros asiáticos; efigies de animales verdaderos y simbólicos esculpidos en mármoles preciosos; cuadros de Cicione junto á tapices de Persia, alternativamente; maravillosos escudos de oro y plata; hornacinas con simulacros griegos y delficas trípodas; lechos alzados en pies de miste-

riosas esfinges y cubiertos con tiznes de oro; todo ello rociado por una lluvia de varia pedrería. ¿Puede presentarse un teatro más ajeno á la muerte? Pues antes de dirigirse á la eternidad, Cleopatra se sumergió en su baño de leche. Después se miró en su espejo romano de plata. Untóse luego el cuerpo con la olorosa cocodrilea y con la pasta ródica. Disimuló el surco de las lágrimas en su rostro con pomada de habas y disolvió pastillas de lentisco en su saliva para perfumar el aliento. Caíale blanca estola desde su cuello á las plantas como en las ceremonias de Isis, y se envolvía como la noche serena en el manto de gasa negro todo sembrado con estrellas de oro. Perlas riquísimas de India entrelazábanse á sus trenzas; collares de varias esmeraldas adornaban su pecho; tumbagas de todas las piedras conocidas sus dedos; serpientes de oro sus desnudos brazos; eslabones de oro sus tobillos; sandalias también de perlas sus pies, y sus orejas dos gruesos zafiros, semejante al primer lucero de la tarde el uno y el otro al postrer lucero de la mañana. Luego ciñó á su frente su corona de reina unida con su diadema de diosa. Su figura hermosísima se dibujaba cual nunca bajo esta blanca túnica nupcial de la muerte. El melancólico tinte de sus agonías aumentaba sus gracias. En ninguna de sus bodas apareció tan deslumbrante como en

esta boda final. Aquellos ojos relumbraban más que las piedras preciosas del mundo y las estrellas resplandecientes del cielo. Todo lo preparó y apercibió con femenil coquetería. El tálamo de marfil y oro estaba en su puesto. Había hecho mullir la cabecera de púrpura como para un sueño tranquilo. Ardían los pebeteros de ámbar á los cuatro costados del lecho despidiendo misteriosas esencias. Las enseñas de su familia flameaban en las bóvedas. Los cetros de los reinos, que había regido, se amontonaban en haces á sus plantas. Pendían los exvotos de mil generaciones en las paredes. Erguíanse los dioses domésticos sobre las aras como para una festividad. Relumbraban las lucernas encendidas. Y ya sólo podía restar el tenderse allí Cleopatra y morir, como si en vez de acabarse una reina se durmiera una diosa en su lecho de nubes ó se apagara una idea en la humana conciencia.

Tras los muchos estudios emprendidos y las experiencias atesoradas á fin de procurarse una muerte serena, Cleopatra escogió, como lo menos dañoso y lo más suave, la picadura del áspid. Elegido este animal ponzoñoso precisaba introducirlo á la regia estancia. Los centinelas romanos dábanse hábiles trazas impidiendo la muerte de Cleopatra y conservándola como tributo á la soberbia de Octavio. Mas gracias á su industria de mujer, un labriego lo llevó

en humilde canastillo de mimbres, cubierto de pámpanos y ocupado por una docena de higos. Bajo los pámpanos escondíase la víbora. Cleopatra, como buena griega, debió saludar aquellos melifluos frutos tan gustados en Atenas, que á ellos, á los muchos allí consumidos en todas las estaciones propicias, debieron los atenienses el mote célebre de sicofantas. Todo resplandecía en el universo á la hora de morir Cleopatra. Reverberaba el mar los rayos del sol en su azul superficie y el campo aparecía tranquilo como una égloga. No sabían todos aquellos espacios cuánto iba en aquel minuto á morir. No sabía el Oriente que su alma se disipaba. No sabían las pirámides que los jeroglíficos de su teología iban á caerse como del árbol á los cierzos las hojas heladas. No sabían los dioses egipcios que agonizaban. No sabía el sacerdocio cómo estaban cayéndose á impulsos de un terremoto los templos consagrados al culto. El espíritu de Asia, evaporándose, llevábase consigo todo el espíritu oriental. Los sacerdotes dejaban el mundo entregado á los juriconsultos de Roma, sin misterios, es verdad, pero también sin poesía y sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosaicos testamentarios del alma oriental. Acabábanse los cánticos alegres para oírse las tristes lamentaciones tan sólo. Despoblábase de dioses la tierra y corría el espíritu universal

como viento fortísimo sobre mar encrespado. Moríase la vieja teogonía, y el mundo estaba en la imprescindible necesidad ya de pedir arrodillado sobre las cenizas, comido por la voraz lepra, en perdurable maceración y penitencia, una gota de rocío á los cielos y un rayo de ideas nuevas á la conciencia universal. Sobre aquel mortuorio lecho de Cleopatra se derruía un mundo. Los bueyes egipcios no mugirían de nuevo; no ladrarían los perros vigilantes á las puertas de los templos; no velarían las serpientes astutas, y poblándose de ascetas el desierto aquel por donde corrieran los Cambises y los Sesostris, disiparían el universo en su alma como la víctima en la llama del sacrificio. Adiós, juventud de la tierra, para siempre adiós. Hasta entonces ocultábanse los faunos en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; corrían los desnudos sátiros ebrios de vida por los campos cubiertos de flores; en cada recodo umbroso de los bosques, un silvano enseñaba sus melodías á los céfiros; iban las ninfas cazadoras siguiendo gozosas el plácido curso de la blanca luna en voluptuosas noches; el arroyo cantaba con la voz de sus náyades tendidas por sus clarísimos cristales; elevábanse del mirto y de las palmas, del aromoso tomillo y de las adelfas amarguísimas cual esencias, cual mariposas en legión hermosísima, risueñas divinidades; cada nube con-

tenía un dios y cada ola una sirena; desde los astros perdidos en el horizonte hasta las arenas perdidas en el desierto, ¡ah! tenía todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios de la naturaleza con el espíritu se veían en las perfectas estatuas, siendo todo amor y juventud en la tierra. En lugar de Cleopatra, joven, y voluptuosa, y hermosísima, veráse tan sólo en el más riante y más bello espacio de la tierra, la sibila, no fuerte, no robusta, no sensual, hecha una pobre vieja, cuyos ateridos miembros á duras penas el sol de Partenope sostiene sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos endurecidos como el diamante se gastan de atisbar el nuevo tiempo en los abismos de la eternidad. Al arrancar su diadema Roma con tanto empeño á las hieráticas sienes de Cleopatra, se arrancaba la propia corona; y al cautivar los dioses orientales cautivaba y esclavizaba sus dioses; y al hundir el Asia con todas sus teogonías, hundíase con todas sus ideas ella misma. El nuevo espíritu elaborado por su trabajo continuo y enardecido por su vital soplo, debía quebrar como una luz demasiado fuerte la estrecha lámpara que lo encerraba, y derramándose por todas partes en torrentes de fuego, debía derretir sus armas y sus trofeos. La serpiente quedaba vencida. Después de haber tentado á Eva en el Paraíso, á Israel en los desiertos,

una mujer, por el éter coronada, por el sol vestida, envuelta en manto celestial y de la luna calzada, iba sobre coros de ángeles á quebrantarle bajo sus plantas la cabeza. Pero esta mujer ya no era la seductora maga del Oriente, toda hechizos, toda sensualidad, sometiendo con el imperio de sus despier-tos y fascinadores sentidos la fuerza y el genio; no era, no, amante gozosa y ebria en lecho de flores tendida, convidando al placer y al goce, no, era otro sér más casto, más ideal, más eterizado por las maceraciones del espíritu y por la revelación del tiempo, todo lo contrario de las orgías alejan-drinas, la Virgen Madre traída como un mediador entre la tierra y el cielo por nuevas ideas y nuevas revelaciones.